

Figuras, Tipos y Modelos de Iglesia

—Funcionalidad o Disfuncionalidad para América Latina—

Alberto Correa
Arturo Romero
Edgard Sánchez ^{**}

En la presente reflexión teológica queremos esbozar de un modo lo más concreto posible este tema eclesiológico, como un aporte al hombre, que busca en la Iglesia cristiana una respuesta a su quehacer histórico. Sin querer determinar los términos mismos del título, pues esto supondría un trabajo muy extenso y difícilmente aterrizable, y en orden a la claridad, nos limitaremos a determinar 1) ¿Qué es propiamente un modelo? 2) El por qué de un nuevo modelo. 3) Cuál es el nuevo modelo para el momento actual de América Latina y cuáles sus líneas e implicaciones?

I. ¿QUE ES UN MODELO?

Si intentamos explicitar con propiedad diríamos que, ante todo, un

modelo significa un seguimiento de una pauta demarcada totalmente. En cierto modo se nos “coacciona” o induce a tomarla y a conformar, a partir de ella, lo que queremos llevar a cabo. Más en concreto se trataría de ciertos patrones fijos, fuera de los cuales la persona estaría fuera de la realización del proyecto propuesto. Por ejemplo: si la Iglesia en un determinado momento se ha impuesto como una “sociedad perfecta” (“perfecta societas”), no podría salirse de ese parámetro, so pena de estar fuera de lo que es ser Iglesia en ese tiempo.

La anterior definición, muy limitada, pero en lo posible cercana a lo que queremos explicitar en esta reflexión, nos da la base para hablar sobre lo que es una *figura* y un *tipo*.

* Alumnos del Ciclo Básico, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

Estos conceptos nos aclaran más lo que entendemos por modelo, dentro de un sentido eclesial, que es lo que nos proponemos situar en esta reflexión.

1. Figuras Eclesiológicas

Figura es algo sumamente plástico, casi como una parábola. Con referencia al concepto de Iglesia, hablaríamos de *figuras bíblicas*, es decir dadas por la misma revelación en la Sagrada Escritura. Estas necesitan ser reinterpretadas.

El Concilio Vaticano II en la Constitución Lumen Gentium hace una presentación de estas figuras. Su propósito es manifestar la naturaleza íntima de la Iglesia:

Figuras tomadas de la vida pastoral = “redil”, “grey”: “La Iglesia es, pues, un ‘redil’, cuya única y obligada puerta es Cristo (Io 10,1-10). Es también una grey, cuyo Pastor será el mismo Dios, según las profecías (cf Is 40,11; Ez 34,11ss), y cuyas ovejas, aunque aparezcan conducidas por pastores humanos, son guiadas y nutridas constantemente por el mismo Cristo, buen Pastor y jefe rabadán de pastores (cf. Io 10, 11; 1 Petr 5,4), que dio su vida por las ovejas (cf Io 10,11-15)” (*Lumen Gentium* 6,2).

Figuras tomadas de la vida agrícola = “campo”, “olivo”, “viña”: “La Iglesia es ‘agricultura’ o arada de Dios (1 Cor 3,9). En este campo crece el vetusto olivo, cuya santa raíz fueron los patriarcas, en la cual se efectuó y concluirá la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rom 11,23-26). El celestial

Agrícola la plantó como viña ele-
gida (Mt 21,33-43 par.; cf. Is 5,
1ss). La verdadera vid es Cristo, que
comunica la savia y la fecundidad a
los sarmientos, es decir, a nosotros,
que estamos vinculados a El por
medio de la Iglesia; sin El nada
podemos hacer (Io 15,1-5)”. (*Lu-
men Gentium*” 6,3).

*Figuras tomadas de la arquitectu-
ra* = “edificación”, “casa”, “habi-
tación”, “tienda”, “templo”: Mu-
chas veces también la Iglesia se
llama ‘edificación’ de Dios (Cor 3,
9). El mismo Señor se comparó a
una piedra rechazada por los edifi-
cadores, pero que fue puesta como
piedra angular (Mt 21,42 par.; cf
Act 4,11; 1 Petr 2,7; Ps 117,22). Sobre
aquel fundamento levantan
los apóstoles la Iglesia (cf. 1 Cor
3,11) y de él recibe firmeza y cohe-
sión. A esta edificación se le dan
diversos nombres: casa de Dios (1
Tim 3,15), en que habita su ‘fam-
ilia’, habitación de Dios en el Espí-
ritu (Eph 2,19-22), tienda de Dios
con los hombres (Apoc. 21,3) y
sobre todo ‘templo’ santo, que los
Santos Padres celebran represen-
tado en los santuarios de piedra, y
en la liturgia se compara justamente
a la ciudad santa, la nueva Jerusa-
lén. Porque en ella somos ordena-
dos en la tierra como piedras vivas
(1 Petr 2,5). San Juan, en la renova-
ción del mundo, contempla esta
ciudad bajando del cielo, del lado
de Dios, ataviada como una esposa
que se engalana para su esposo
(Apoc 21,1s)” (*Lumen Gentium*
6,4).

*Figuras tomadas de la relación
social* = “madre”, “esposa”, “pue-
blo”: “La Iglesia, que es llamada

también ‘la Jerusalén de arriba’ y ‘madre nuestra’ (Gal 4,26; cf. Apoc 12,17), se representa como la inmaculada ‘esposa’ del Cordero inmaculado (Apoc 19,7; 21,2 y 9; 22,17), a la que Cristo amó, y se entregó por ella, para santificarla (Eph 5,26), la unió consigo con alianza indisoluble y sin cesar la alimenta y abriga (Eph 5,29)” (*Lumen Gentium* 6,5). Cf *Lumen Gentium* 9.

Figuras tomadas de la vida biológica = “cuerpo”. En *Lumen Gentium* 7 se indican los rasgos de la corporatividad llamada Iglesia. Posee una cabeza y diversidad de miembros y funciones o servicios. “Pero como todos los miembros del cuerpo humano, aunque sean muchos, constituyen un cuerpo, así los fieles en Cristo (cf. 1 Cor 12,12). También en la constitución del cuerpo de Cristo hay variedad de miembros y de ministerios. Uno mismo es el Espíritu, que distribuye sus diversos dones, para el bien de la Iglesia, según sus riquezas y la diversidad de los ministerios (cf. 1 Cor 12, 1-11). . . La cabeza de este cuerpo es Cristo. El es la imagen del Dios invisible, y en El fueron creadas todas las cosas. El es antes que todos y todo subsiste en El. El es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia” (*Lumen Gentium* 7,3 y 4).

Figuras tomadas de la vida sacramental = “sacramento”. Es una figura teológica, no bíblica, que con la de “pueblo” entra en la construcción de la eclesiología del Concilio Vaticano II.

“La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento

de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen Gentium* 1). “La congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios para que sea sacramento visible de esta unidad salutífera para todos y cada uno” (*Lumen Gentium* 9,3). “El constituyó a su Cuerpo que es la Iglesia, como sacramento universal de salvación” (*Lumen Gentium* 48,2). “Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es ‘sacramento de unidad’, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos” (*Sacrosanctum Concilium* 26,1).

Presentemos algunos elementos de explicitación de esta figura. Tenemos en primer lugar que la Iglesia es símbolo, signo o señal que representa dinámicamente la íntima unión de Dios con los hombres: “Yo estaré con ustedes” (*Mt* 28,20). Representa también la íntima unión de los hombres entre sí. Es instrumento, que por virtud divina produce lo que significa (eficacia sacramental). Es decir, efectúa la unión de Dios con los hombres en el tiempo y en el espacio, y de los hombres con Dios en la fe, caridad y culto. Asimismo hace la unión de los hombres entre sí y la solidaridad por la común vocación.

La Iglesia, como sacramento, consta de una doble realidad: por una parte sobrenatural, invisible, trascendente, y por otra natural, visible, inmanente. Es un signo que produce y comunica la gracia que

representa. Peregrina por el tiempo y el espacio es indefectible, pues es sacramento universal de salvación, colocada por Cristo en el espacio y a través de todos los tiempos. No puede acabarse hasta la consumación (es la casa edificada sobre piedra), sino que ha de permanecer sin mutación esencial, y por lo tanto, sin error posible (el mal no podrá contra ella).

Es jerárquica, ya que, si su mensaje de salvación y su obra es para *todos* los hombres de *todos* los tiempos, los apóstoles deben tener *sucesores*. Cristo da el primado universal a Pedro: las llaves y el abrir y cerrar designan una *vicaría plena* (cf *Mt 16,19*) (1).

2. Principales tipologías eclesiológicas

Ante todo debemos concretizar mejor lo que entendemos por "modelo". Es preciso subrayar la importancia, tanto sociológica como antropológica, que poseen las "ímagenes" y "modelos" en todos los sectores humanos, especialmente en lo religioso y en lo político. Los símbolos incluyen una dimensión personal, pero son fundamentalmente comunitarios, ya que tocan al individuo en su realidad de comunidad y pueblo y en su realidad política. Es que toda sociedad requiere simbolismos, si quiere permanecer y depender de la lealtad,

fidelidad y compromiso permanente de sus miembros, y, además, para obtener la cohesión de los mismos con ella. Las imágenes en el sector religioso funcionan como símbolos que hablan al hombre existencialmente y encuentran eco en la profundidad de la sociología humana.

El *modelo* es una imagen empleada de modo consciente y casi de modo matemático. Está elaborada críticamente y quiere explicitar el entendimiento teórico de una realidad. Algunos modelos son simultáneamente imágenes en sí mismos (cosecha, rebaño, viña, etc.); otros son más abstractos, no son imágenes (sociedad, comunidad, etc.). Los modelos e imágenes son siempre análogos e inadecuados. Iluminan algunos fenómenos, pero no todos. Cada modelo o imagen, aisladamente, puede llevar a distorsiones y errores, sea por recargar el acento sobre un punto particular, en desproporción con el conjunto, sea por sacar conclusiones que no son justas (2).

La *tipología* es una forma más de organización de la Iglesia. Es teológica, muy posterior, histórica y situada. Las tipologías eclesiológicas no son simples abstracciones sobre la Iglesia, sino *modelos* históricos, según los cuales se ha entendido y ha actuado (3). Destacaremos algunos tipos más sobresalientes de

(1) Cf. Parra A., *Eclesiología de Comunión para América Latina*, Tema 1: Nociones Previas, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá 1980, Mimeoografiado.

(2) Cf. Marins J.- Trevisan T.M. -Chanona C., *Modelos de Iglesia. CEB en América Latina. Hacia un modelo liberador* (Bogotá, Ed. Paulinas 1976) 39-41.

(3) Cf. Parra A., *Eclesiología de Comunión para América Latina, Unidad Primera: Análisis crítico de las Tipologías Eclesiológicas*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá 1980, Mimeoografiado.

Iglesia: Sociedad perfecta, Cuerpo Místico, Pueblo de Dios, Sacramento.

2.1. Iglesia como Sociedad perfecta

Esta tipología tiene su origen en una eclesiología jurídica. Es fruto de la autocomprendión de la Iglesia en la Edad Media. En ese momento prevalecía el programa de salvar a la Iglesia, mediante la absolutización de los derechos papales. Fue toda una situación que degeneró en asunto político, con la emergencia del Cisma y el Aviñónismo. La unidad de la Iglesia pasó a constituir un “*regnum ecclesiasticum*”. Cristo dejó de ser la Cabeza de su Cuerpo Místico, y el Papa ocupó su lugar (“*Corpus Ecclesiae Mysticum*”). Toda esta línea tipológica, derivada de una interpretación unilateral del pensamiento corporativo estatal, que a partir del Romanticismo y la Ilustración se impuso como base de todo pensamiento secular totalitario, perdura hasta el Concilio Vaticano II. Es una reacción contra la eclesiología de la “Jerusalén de arriba”, contra todo espiritualismo “carismático” y contra todo moralismo.

Fundamentalmente afirma que la Iglesia es una congregación orgánica y organizada, análoga a cualquier sociedad humana. En muchos elementos es análoga a las sociedades monárquicas (siglos XII a XVI). Construida conforme a una estructura *piramidal*, con su división jurisdiccional (diócesis, parroquias,

etc.), sus leyes sociales y su propio derecho.

Como consecuencias de esta organización social podríamos anotar las siguientes: a) Extrinsicismo canónico: importa lo externo y se dejan de lado los elementos constitutivos de la Iglesia espiritual. La Iglesia se convierte en un servicio diplomático; la autoridad es totalmente vertical, el Papa ocupa el grado máximo, el Obispo es su simple representante y el Párroco es delegado del Obispo. Cada uno posee una jurisdicción demarcada muy territorialmente. Antes del Concilio Vaticano II, vale la pena recordarlo, el Episcopado no era un sacramento, sino que se reducía a lo meramente jurisdiccional. b) Juridicismo excesivo que primaba sobre el Evangelio, sobre el mismo Espíritu. c) Centralismo congénito de la figura monárquica (en Roma, en la diócesis, en la parroquia). Se llega al punto de que el problema de pertenencia a la Iglesia es asunto de mera observancia eclesiástica.

Esta forma de Iglesia, como Sociedad perfecta, no ha pasado aún de moda. Al analizarla, debemos decir, con toda honestidad, que de ningún modo es el *modelo* para América Latina. Este modelo es la *institución* que ha tenido mayor duración (4) histórica. En él se quiso tener el modo de descubrir la consistencia y los límites determinativos de esta verdadera Iglesia de Jesús. Se acentúa en el Papa su visibilidad y se colocan como elementos claves de la misma, una explícita profesión exterior de fe y la

(4) Cf Marins J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 44.

comunión de los sacramentos. Los clérigos serán quienes vigilarán los contornos visibles de la Iglesia y mantendrán los puntos ortodoxos de la vida y de la fe cristiana.

Se pueden señalar algunos *aspectos positivos* de esta Iglesia Institución: un gran sentido de *identidad* eclesial que despierta una actitud de fidelidad y cierta eficacia en las acciones. Además el predominio de la visión de *Iglesia universal* permitió hacer frente a gobiernos totalitarios y poderosos. Fue posible desarrollar un mayor *esfuerzo misionero*, con la preocupación de la formación del clero.

Pero al lado de esta visión positiva existen también grandes *aspectos negativos*: ha producido una *hipertrofia*, más cuando el modelo pasa a entenderse como un *modelo diplomático*, no conflictivo, de un pequeño estado político que necesita encontrar un "modus vivendi" entre las grandes potencias mundiales. Respecto a la producción de cambios auténticos, queda en tela de juicio el sistema social sobre el que la Iglesia se ha ido montando. Surge una solidaridad entre la organización eclesiástica y grupos partidarios del "statu quo". Los problemas teológicos pasan al campo meramente partidario, político. Esto trae serias consecuencias teológico-pastorales (5).

El Concilio Vaticano II abre un camino de cuestionamiento de este modelo institucional, al pretender presentar la autonomía de la Iglesia

particular y revalorar la dimensión comunitaria y carismática de la Iglesia. El mismo movimiento bíblico restableció la norma evangélica sobre administración. Se manifestó claramente la importancia de la comunidad en relación a los ministerios, dentro de un servicio y no de un dominio. Se ha llegado a un redescubrimiento de la dimensión profética de la fe, al estilo de Jesús, quien se mostró muy crítico de la institución religiosa de su tiempo y fundamentó su autoridad en el Espíritu, no en un cargo. En esta dirección de cuestionamiento es interesante ver cómo el trabajo teológico a duras penas sigue fundamentando este modelo institucional. Es que además este disminuye a la Iglesia en el ser *fermento* y la teología se hace ecuménicamente estéril (6).

En el contexto latinoamericano, no dudamos en afirmarlo, este modelo no nos permite entrar en reflexión sobre un Cristo vivo, signo real para todo aquel que de algún modo se cuestiona su vida, a partir de la historia concreta de sufrimiento, desnudez, opresión y persecución, dentro de la cual el hombre se anula, viviendo en la práctica el sinsentido de todo lo que lo rodea.

2.2. Iglesia como Cuerpo Místico

Esta tipología eclesiológica de cuño paulino fué propuesta en el año 1943, en que Pío XII publicó su famosa Encíclica "Mystici Corporis", como reacción contra el

(5) Cf Marins J. y Equipo, o. c. 47-48.

(6) Cf Marins J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 49-50.

extrinsecismo, el juridismo y centralismo, defectos de la eclesiología anteriormente analizada.

Su *contenido* presenta algunos puntos determinados: a) Pretende declarar que la Iglesia romana es el Cuerpo de Cristo. b) La cabeza es la jerarquía eclesiástica.

Al querer identificar la Iglesia católica romana con el Cuerpo de Cristo tiene que acudir, en cierta forma, al modelo de Iglesia, Sociedad perfecta. En cuanto a hacer de la jerarquía eclesiástica, la cabeza del Cuerpo, salta a la vista el tremendo contraste con la teología paulina, según la cual la cabeza es Cristo. Las perspectivas y prerrogativas cristológicas pasan a ser prerrogativas eclesiológicas. El peligro es grande y evidente: si la jerarquía es la cabeza, ella misma es la mediación. Cristo ha quedado al margen, su mediación no cuenta.

Cuando se creía en la dirección de un auténtico rescate de la eclesiología, lo que originó fue un cortocircuito en la Iglesia. Desde entonces el énfasis se colocó en la *capitalidad*. Apareció la dicotomía entre una Iglesia con Cristo, como cabeza invisible, y otra con el Papa, como cabeza visible. Se subrayó mucho el hecho de que el Papa es el Vicario de Cristo, casi su reemplazo.

El Concilio Vaticano II afirma: "A sus hermanos, convocados de entre todas las gentes, los constituyó místicamente como su cuerpo, comunicándoles su Espíritu. La vida de Cristo en este cuerpo se comunica a los creyentes, que se

unen misteriosa y realmente a Cristo paciente y glorificado por medio de los sacramentos. Por el bautismo nos configuramos con Cristo" (*Lumen Gentium* 7,1 y 2). Sin embargo no adopta esta eclesiología.

2.3. Iglesia como Pueblo de Dios

Esta tipología eclesiológica se origina con el objetivo de contrarrestar la de Sociedad perfecta, replanteada como Cuerpo Místico. El Concilio Vaticano II ofrece las líneas de este tipo de un modo muy claro (cf *Lumen Gentium* 9). Es ciertamente muy significativo el hecho de que en la Constitución sobre la Iglesia, antes de hablar de la jerarquía, los laicos, los religiosos, etc. (cf. *Lumen Gentium* capítulos III y siguientes) se dedique un capítulo a hablar sobre el Pueblo de Dios (cf *Lumen Gentium* capítulo II).

El contenido es netamente escrutarístico y la concepción de la Iglesia es de una dinamicidad única. La Iglesia aparece como pueblo, como comunidad histórica y peregrina, no como Sociedad perfecta, sino perfectible. Va recorriendo el camino en fe y sin poseer la verdad absoluta. Es comunidad enviada, plural, dirigida, inmersa en la comunidad de los demás pueblos y en las realidades de este mundo. Es importante anotar que en Puebla observamos, en esta dirección eclesiológica, una comunidad fundada en Cristo, en orden a la comunión de vida. En efecto, el análisis del Documento de la III Conferencia Episcopal latinoamericano nos hace ver, por

contraste con el análisis de la realidad, que no hay comunidad de vida en nuestro Continente.

Este modelo de Iglesia como Pueblo de Dios ofrece también sus desventajas. La figura se concibe desde el Antiguo al Nuevo Testamento: el pueblo de Dios veterotestamentario ha pasado a constituir el de la Nueva Alianza. Solo existe una simple continuidad, no hay novedad. La figura de Cristo, en consecuencia, queda oscurecida. La continuidad se busca a través de la Ley, las instituciones, el sacerdocio y el laicado. Estos dos últimos forman las dos clases fundamentales. Pasa demasiada carga del Antiguo al Nuevo Testamento; se da en la Iglesia el peligro de un judaísmo demasiado cerrado. Y la Iglesia no es simplemente el nuevo Israel, sino algo más; no es continuación de las doce tribus, sino algo más.

En síntesis, el peligro de esta eclesiología es la continuidad referida entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, en cuanto a la realidad de Pueblo de Dios. Esta continuidad no propicia una clara distinción entre lo veterotestamentario y lo neotestamentario, ni hace resaltar la novedad aportada por Cristo. Además todo se coloca en una dualidad (sacerdocio y laicado), que indudablemente no está contenida en la verdad evangélica.

Este modelo de pueblo de Dios es bastante deficiente en nuestros países latinoamericanos. Se requiere comenzar una evangelización auténtica. A este respecto afirma el P.

Mario Morín: "No obstante asistimos a otro tipo de evangelización en América Latina. Queramoslo o no, estamos viviendo en una época de ex-cristiandad. Ya no podemos decir que la sociedad es cristiana, y mucho menos que América Latina es, en su conjunto, un continente 'auténticamente cristiano'. No obstante vemos nacer una Iglesia espontánea, libre, reducida —una red de pequeñas comuniones eclesiales de base— condenada a ser únicamente luz y sal del mundo. Por tanto es urgente que los evangelizadores dediquen la mayor parte de su tiempo y todas sus fuerzas a la creación y animación de pequeñas células eclesiales de base" (7).

2.4. Iglesia como Sacramento

Es una tipología de raigambre bíblica. La Iglesia es Cuerpo de Cristo. Ahora bien por ser tal se encuadra en un contexto de símbolos: fonemas, grafemas, gestos, utensilios. Será símbolo manifestativo de Cristo, a través de su vida. En la expresión de los Padres, la Iglesia es un "*Mysterium*", un símbolo. Los Padres latinos afirmarán que es un *Sacramentum*.

Previamente al Vaticano II algunos teólogos (K. Rahner, E. Schillebeeckx, Y. Congar, O. Semmelroth) habían comenzado a especificar seriamente las líneas fundamentales de la Iglesia como Sacramento. En la primera parte de la *Lumen Gentium* se define el modelo sacramental. Cristo, el hombre, la Iglesia son sacramento. Se trata

(7) Morín M., *Evangelización: ¿con cuál eclesiología? Una pregunta a Puebla*, en *Theologica Xavriana* 28 (1978) 245.

de un término analógico. "La Iglesia es en Cristo como un sacramento" (*Lumen Gentium* 1). Es *signo e instrumento* de la íntima unión con Dios y de los hermanos entre sí. Todo símbolo, además de ser signo, es también sacramento. A partir de esta concepción, Puebla 79 desarrollará su teología esencialmente comunitaria.

Cristo es el sacramento primordial, en cuanto que Jesús es el símbolo manifestativo del Padre: "El que me ve a mí, ve al Padre" (*Jn 14,9*). En relación con los demás sacramentos, la Iglesia podría ser señalada como sacramento medio y aquellos serían los sacramentos últimos. En otros términos se trata de la Iglesia como una *entidad intermedia* entre Cristo, sacramento primordial y los sacramentos de la Iglesia. Cristo es sacramento plenario, es decir revelador, perfecto, sin antisignos. La Iglesia es un sacramento derivado y con una simbología no perfecta, sino *instrumental* y con antisignos. Siendo santa, necesita de la santificación; teniendo todos los elementos necesarios de salvación, requiere conversión diaria, peregrinación continua, siempre en camino. Logra la unión de aparentes antinomias: lo *invisible* (santificación divina, gracia, etc.) y lo *visible* (la Iglesia de aquí, la de los hermanos). La salvación es siempre por mediación, mediata, mediada por, nunca inmediata.

Podemos anotar algunas consecuencias críticas de esta eclesiología. La antigua noción de sacramento oscurece y estorba a la noción de la Iglesia como Sacramento. En esa noción se enfatiza el *ex opere*

operato, queriendo significar con esto que el sacramento obra por sí mismo, inmediatamente. En la nueva concepción se insiste en el *ex opere operantis*, es decir el sacramento no obra solo por sí mismo, sino que es la Iglesia en sí misma y con los hermanos la que obra. En la concepción antigua el sacramento es entidad para ser dada o para ser recibida; en la nueva se pondrá de manifiesto que el sacramento por ser un símbolo posee raíces *antropológicas*. Por ejemplo: la Eucaristía no es algo que cae del cielo, sino que es un símbolo que yo hago, llevo a cabo con la comunidad, con los que me rodean. Es símbolo en cuanto el hombre es el que hace esa acción sacramental. Entonces todo cristiano es y tiene que ser sacramento, signo e instrumento de esa Iglesia sacramental, de la íntima unión con Cristo y los hermanos.

En la sacramentología antigua el sacramento se colocó en referencia a la salvación extramundana: sacramentos para la otra vida (si se muere, se le aplican los sacramentos). Actualmente se considera el sacramento para aquí y ahora, sin olvidar el más allá, lo trascendente. Se trata de un sacramento de salvación integral.

En el contexto de toda esta renovación podremos situar, sin duda, de un modo mejor, este modelo de Iglesia Sacramento. Ahora bien, existe el problema de que en nuestros pueblos latinoamericanos se encuentra muy arraigada y afianzada la concepción antigua de sacramentología en virtud de la cual el Sacramento es entendido como una entidad externa al cristiano, como

algo que se da y que se recibe, como algo que adviene de fuera del cristiano y de fuera de la Iglesia misma (8).

También se pueden señalar los límites y riesgos de la tipología sacramental. El sentido de compromiso con la historia es escaso, pues la realidad del mundo es mirada desde fuera. La Iglesia no asume los valores éticos y sociales del tiempo, no denuncia las injusticias ni moviliza a los creyentes para un cambio de las estructuras opresoras. El cerramiento intraeclesial lleva a la Iglesia a actuar en función de sí misma, preocupada por su santidad, su prestigio y su autenticidad. El mundo solo debe preocuparse por mirar cómo aprovechar el ejemplo y testimonio de la Iglesia. Se produce una especie de desarrollo piadoso triunfalista. Nada raro que todos los problemas eclesiás se reduzcan a una falta de oración.

En esta visión tipológica se considera a obispos y sacerdotes como si fueran una clase superior dentro de la comunidad eclesial. Solo los ministros oficiales pueden dar los sacramentos. El apostolado se comprende como un esfuerzo de arrancar al hombre de su área de vida, para atraerlo a una vivencia devocional. Es poca la apertura a los demás hombres y hermanos cristianos (falta de sentido ecuménico). Es que el sacramento ya contiene todo y no hay nada importante para aprender de los demás. La comunidad se queda en el testimo-

nio como ayuda, pero no añade nada esencial a la fuerza divina del sacramento. Es cierto el peligro de una concepción muy sacramentalista de la Iglesia, en que se deja al margen la diaconía y el anuncio de la palabra. Se detecta también la tendencia a un cierto elitismo pastoral en el acompañamiento detallado de grupos especiales que profundizan la liturgia, la oración y el sentido profundo de la Iglesia, con la consiguiente desconsideración del pueblo cristiano que no alcanza a captar el sentido místico de gestos, palabras, etc. (9).

Hasta aquí hemos tratado de hacer claridad sobre las figuras bíblicas y las tipologías eclesiológicas. En otras palabras hemos investigado sobre los modelos de Iglesia que poseemos y cómo se han ido presentando a lo largo de su historia. No hemos pretendido realizar una arqueología de las tipologías, sino tratar de ver qué es lo que nos sirve de ellas, cómo concretizarlas en América Latina, en una honesta confrontación con Puebla 79, para proponer, de acuerdo a una seria crítica de los modelos vistos, el que más se acerque a nuestra realidad continental y que sin duda está aún por hacerse.

3. Otros modelos de Iglesia

3.1. Iglesia-Palabra

Ha sido desarrollado en primer término por la teología protestante (K. Barth, R. Bultmann). En campo

(8) Cf. Parra A., *Sacramentos de la Fe*, Pontificia Universidad Javeriana., Bogotá 1978, 19 ss.

(9) Cf Marins J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 53-54.

católico sigue este modelo H. Küng. El Vaticano II lo trata a profundidad en la Constitución *Dei Verbum*.

En línea de contenido se indica que Iglesia y Palabra están en una relación esencial. La Iglesia acontece en donde se anuncia y acepta la Palabra de Dios. Más que institución y sacramento la Iglesia es Palabra escuchada, aceptada, vivida y anunciada. De esta forma la Iglesia es ante todo un acontecimiento espiritual.

En este contexto la misión de la Iglesia es ser Palabra de Dios. Es mundo. Su responsabilidad no está en la aceptación de la Palabra de Dios por parte de los hombres, sino en su anuncio. Es que la fe se transmite normalmente por la predicación, que a cada momento ilumina a los hombres, llamándolos a la conversión, a la unión con Dios y con los demás. El poder divino de salvar y juzgar actúa ya en la proclamación de la llegada del reino de Cristo.

La fe es testimoniada por una comunidad, que anuncia la Palabra y convoca a quienes la aceptan, para que sean la comunidad de Jesús. La dimensión socio-comunitaria radica en el hecho de que la Palabra tiene que ser hablada por unos y escuchada por otros. La coherencia del cristianismo supone pertenecer existencialmente a una comunidad, en la cual se comunica y se escucha, aquí y ahora, la Palabra del Señor, aunque la conversión sea primeramente una experiencia personal. Ahora bien, la experiencia religiosa no puede ser transmitida de una generación a otra, sino a

través de normas mediadoras que son los dogmas, los ritos, los preceptos, propuestos en un clima de amor.

Es una gran virtud el anuncio de la Palabra de Dios oportuna e importunamente, a tiempo y a des tiempo; por gestos proféticos, que son palabras vividas, transformadas en acontecimientos y salvación. El ser predicador ha de ser el único ministerio exigido en la construcción de una comunidad santa de creyentes, que al aceptar y escuchar una palabra la proclama ante los demás. Aparece la realidad del mundo en que Dios está hablando en los “signos de los tiempos”.

En sus precisiones, R. Bultmann nos recuerda que Pablo sacó a la escatología de una dimensión cósmica y la situó en una dimensión histórica. Hoy la escatología acontece cuando la Iglesia proclama la Palabra de Jesús y a este como Señor. Así la predicación de la Iglesia se transforma en palabras de Jesús, que son un acontecimiento concreto, un encuentro con Jesucristo, y que hacen presente en la Iglesia al Señor, aquí y ahora, dando vida a los que lo aceptan. K. Barth afirma que para que se dé el diálogo con el mundo, es preciso colocar antes el anuncio de la Palabra.

Podemos valorar positivamente la ayuda pastoral y espiritual que este modelo nos ofrece. Nos da una sensibilidad ante la manifestación de Dios en su palabra bíblica o a través de los acontecimientos y de las personas concretas. Profundiza el sentido de la presencia y trascendencia del Señor en la comunidad,

que a su vez es una invitación interior continua para una superación humana. Ayuda a hacer más responsable a la comunidad para asumir la salvación de modo personal, directo y comprometedor.

En América Latina este modelo ha permitido la formación de numerosos grupos en torno a una revisión de los hechos de la vida a la luz de la Palabra de Dios, un acercamiento y gusto por la Biblia y la creación de los *delegados de la Palabra*, como un verdadero ministerio.

En una crítica negativa podríamos decir que existe el peligro de llegar a algunas equivocaciones. En relación al mundo la tarea humana no se promueve en toda su realización; se desvaloriza sencillamente la acción transformadora de este mundo, al mantener una actitud pasiva o pesimista en cuanto a los esfuerzos humanos por establecer una sociedad mejor. Toda la acción de Dios se coloca en El mismo, que construye su Reino. No aparece directamente incluida en la fe, la liberación de los hombres y de las estructuras injustas.

Se tiene la impresión de que Jesús reemplaza a Israel por una asamblea desencarnada, con una libertad apolítica. Pasa a ser una Iglesia indefinida en su vivencia política, económica, cultural, etc.; se hace puramente espiritual.

La visión congregacionalista de la Iglesia hace desaparecer su misión universal. El Magisterio de la misma, aunque posee la autoridad de Cristo para interpretar su Palabra

para los hombres, no está por encima de esta. Existe el peligro de llegar a un fanatismo bíblico, desconectado de un compromiso de encarnación liberadora, de un anuncio misionero, que lleva a ideologizar la Biblia y a hacer de la Iglesia una secta. Incluso se llega a usar la Palabra de Dios con una mentalidad mágica; se la lee como un horóscopo espiritual, alienado y alienante. Se pierde la visión de la Iglesia, como acontecimiento salvador, al no crear una comunidad visible estructurada y jerárquica.

3.2. Iglesia-Servicio

Es un modelo distintivo desde los comienzos de la Iglesia: el servicio a los más necesitados, a los pobres y a los humildes. Pablo describe la comunidad cristiana, como conformada por los más bajos y débiles y que predica el Evangelio como servicio para la salvación de todos (cf 1 Co 2).

La Iglesia es comunidad peregrina y pobre para poder ser servidora. Vive para salvar, para ayudar a los hombres en lo que es más importante y decisivo: la salvación integral, es decir la realización como hombres, hijos de Dios, hermanos y dueños del mundo.

Comunidad peregrina: La Iglesia tiene su casa en el mundo, es sierva y por tanto vive en la casa del amo y no en la suya. *Comunidad pobre:* deja todo poder y símbolo de dignidad, a fin de que el mundo sea atraído por el amor y no sea manipulada por el poder. El mismo Jesús nos previno sobre el juicio:

“Pues tuve hambre, y ustedes me dieron de comer . . . Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron” Mt 25,35.40). *Comunidad servidora*: Comunidad que confirma a la humanidad en su libertad de crear su futuro, denunciando toda pretensión de idolatría en sus estructuras humanas y sufriendo con los hombres en la lucha contra el poder del mal.

El apostolado de la Iglesia servidora no es el de una proclamación confesional o de una celebración cultural, sino la reflexión para discernir la presencia y las promesas de Dios en medio de nuestra propia historia. Su misión fundamental es la de la reconciliación, la victoria sobre las diferentes alienaciones que oprimen a la humanidad de hoy. La Iglesia deberá ser uno de los principales agentes para someter a la comunidad humana al juicio de los valores evangélicos: libertad, justicia, paz, caridad, compasión, reconciliación. Su función no está tanto en hacer proselitismo para conseguir nuevos adherentes, sino en ayudar a los hombres. Su especial competencia es la de conservar viva la esperanza y aspiración del hombre al Reino de Dios y sus valores.

La Iglesia servidora debe aprender a dialogar con los suyos y con los demás, de tal forma que lleve al aprecio del hombre y especialmente a hacer que los pobres tengan confianza en sí mismos, para que así salgan del analfabetismo, trabajen con tenacidad y se cultiven con los medios puestos a su alcance por la sociedad moderna.

Esta Iglesia servicio será original al redescubrir lo olvidado y esencial de su misión: estar al servicio del hombre. Es algo que provoca una conversión exigente y comunitaria. Los elementos societario y sacramental se redimensionan en una mayor compromiso con el hombre con perspectivas de concientización y unión, en orden a obtener eficacia evangélica en la lucha por la transformación de la realidad injusta.

De parte de la Iglesia el servicio integral a los hombres supone la percepción de un anhelo de realización, de crecimiento, de incorporación y participación de todos en la gestión del proceso liberador. En su propia vida ha de dar testimonio de liberación. Así demostrará su fidelidad a la acción del Espíritu, en la dimensión de la Pascua de Jesús, que libera de toda opresión personal, social e inaugura un pueblo nuevo.

Este modelo ofrece también sus peligros: una caridad alienante que vuelve a las personas pasivas, irresponsables e infantiles, por ser paternalistas. De forma consciente o inconsciente se respaldan estructuras e instituciones opresoras, al intentar cubrir las injusticias con la caridad. Se llega a un servilismo delante del pueblo. Además se olvida el pecado, aún presente en la historia y existente en opresores y oprimidos.

No se explicita la radicalidad de la fe en Cristo y el compromiso con los valores de paz, justicia y fraternidad humana. Todo es absorbido por el compromiso socio-político.

3.3. Iglesia-Comunidad

La Iglesia es una comunión de personas, con el Padre y entre ellas, por Jesús, en el don del Espíritu. Es el cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios. Es una persona (Espíritu Santo) en muchas personas (Cristo en nosotros).

Por el don del Espíritu y en la fuerza de la Pascua de Jesús se manifiesta la Iglesia desde sus primeros siglos como una *comunidad*. En ella la gracia no es solo medio, sino que es vivida, aun aquí en la tierra. Esta comunidad de gracia es misterio de comunión salvífica, corazón y conciencia de la sociedad.

Su servicio al mundo y al hombre es expresión de su unidad en el amor. Es comunidad de misión por estar constituida por hombres redimidos por Cristo y vivificados por el Espíritu que les hace agentes de salvación integral, y a partir de la historia:

Este modelo matiza varios elementos. La relación personal y comunitaria de todos los creyentes con el Espíritu Santo y entre ellos. Es una relación cara a cara. Se evita la despersonalización, al darse relaciones de sencillez y comprensión, de ayuda mutua y amistad. Una infraestructura eclesial es de poca importancia. El amor prima sobre cualquier observancia minuciosa de normas y prescripciones. Los sacramentos adquieren significación comunitaria y así se reciben y comprenden. La Eucaristía expresa una comunión visible. El educador de la fe y creador de comunidades será el sacerdote, además de ser coordi-

nador, inspirador y moderador, hasta que lleguen a la perfección en Cristo.

Entre los aspectos positivos de este modelo están: un énfasis en la relación inmediata de todos los creyentes con el Espíritu Santo, se establece la comunión mística de gracia y la expresión de amistad interpersonal; el servicio mutuo de los miembros de la Iglesia queda a servicio de todo el conjunto. El compromiso de los agentes de pastoral estará más en *crear* que en mantener instituciones ya superadas.

La búsqueda de integración de nuevos miembros a la comunidad eclesial produce la recuperación de la de los miembros ya existentes, en la oportunidad de realizar esa experiencia de comunión y de misión sin triunfalismos, sin complejos de inferioridad, sino de un modo fuerte y perseverante. En una historia de adelantos y retrocesos y como comunidad pobre y pecadora, la Iglesia-Comunión marca una visión democrática eclesial, en la cual se da mayor participación a los fieles en su vida y misión. Donde se suscitan pequeñas comunidades de religiosos, encarnados en la realidad humana, existe un compromiso mayor con los pobres.

La Iglesia en este modelo demuestra una gran creatividad. La integración de todos en la realidad temporal actúa como fermento. Además se ve disminuido el poder eclesial temporal y el prestigio estructural de sus líderes, con el consiguiente crecimiento del prestigio evangélico. Nuevos términos teológicos definen la acción de la

comunidad eclesial, la presencia del Espíritu, la vocación del hombre, los ministerios, etc. Existe un surgimiento de grupos bíblicos, de revisión de vida, de compromiso pastoral, de oración. Todos ellos poco a poco se van dirigiendo a constituir comunidades de base.

No faltan también los riesgos de este modelo. En primer lugar existe el peligro de que los cristianos se encierren en un "gheto" y lleguen a hacer de la comunidad eclesial algo meramente sociológico, sicológico y emocional. Dentro de esta dominante sociológica se entendería el cuestionamiento: ¿qué hay que construir primero: la sociedad o la comunidad eclesial? ¿se puede realizar una auténtica comunidad eclesial, sin base en una comunidad sociológica ya en realización?

Existe además el riesgo de llevar a la Iglesia a una *cierta divinización*, pues al ser el Espíritu Santo su alma, toda acción eclesial podría serle atribuída. La relación entre las dimensiones espiritual y visible de la Iglesia presenta oscuridad, pues se oponen institución y comunidad en el Espíritu, como se excluyen mutuamente. Finalmente puede llegar a pensarse que vivir una dimensión comunitaria profunda ya cumple lo más importante. Con esto se disminuye el compromiso liberador con la historia y la Iglesia se ahoga en problemas internos. Corre el peligro la dimensión misionera (10).

3.4. Iglesia liberadora

Partiendo de un análisis interpretativo de la realidad latinoamericana podemos cuestionarnos: ¿En una mirada de conjunto qué observamos en nuestro Continente latinoamericano? ¿Cuál es la realidad global que captamos? ¿Qué diagnóstico podemos hacer? ¿Qué tienen que ver con todo esto la fe cristiana y la comunidad eclesial? ¿Cuál será la respuesta que la Iglesia dará a Dios, cuando El nos pregunte por nuestros hermanos? ¿Dónde y cómo debe comprometerse la Iglesia con los problemas que agobian a los hombres de hoy?

No queremos repetir aquí los puntos de ese análisis situacional latinoamericano, sino que lo presuponemos como algo suficientemente conocido (11).

En un contexto de *praxis liberadora* siempre la reflexión teológica en América Latina parte de la realidad y se orienta hacia la vida, hacia la misma existencia. Es que no es una metafísica religiosa. Los presupuestos de esta teología de la liberación se pueden sintetizar en tres:

1. Situación de subdesarrollo, pobreza, opresión, injusticia y dependencia de la mayoría.
2. La interpretación cristiana de este hecho nos revela una situación de pecado.
3. Se da una exigencia a la conciencia de los cristianos y a la misión pastoral de la Iglesia, de trabajar y comprometerse en superar esta situación.

En síntesis: se trata de

(10) Cf Marins J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 54-69.

(11) J. Marins toma el análisis realizado por la Asamblea plenaria del Episcopado de América Central y Panamá, 2 de Junio de 1970 (cf Marins J. y Equipo, o. c. 70-73).

buscar una integración entre la liberación social y la salvación de Jesucristo.

Consideremos ahora las bases teológicas de esta praxis liberadora; Dios es Creador y el hombre es co-creador (heredero). Dios creó todo para el hombre (cf. 1 Co 3, 21-23), hijo suyo y al mismo tiempo hermano de los demás hombres. Todo lo creado es herencia para los hombres, para todos, no para unos pocos. Como co-creador el hombre tiene la obligación de asumir la naturaleza para conocerla, dominarla e integrarla a su servicio. Esta relación, que puede ser llamada "económica", es la relación activa del hombre con la naturaleza, a través de un trabajo con finalidad económica. La voluntad de tener (alimento, vestido, vivienda, etc.) revela a su vez, una voluntad de vivir. Por medio de su inteligencia el hombre realiza una transformación en el mundo, que constituye al mismo tiempo, un proceso de liberación humana, porque despoja a la naturaleza de su adversidad, de su primitivo carácter salvaje e inhumano y de una falsa mentalidad que la hizo intocable.

Cuando se le impide al hombre su alimento, vestido, vivienda, etc., se le destruye en su relación económica con el mundo y cuando las cosas se convierten en monopolio de una determinada clase social, el pecado es mayor, pues no está solo en el campo de las relaciones económicas, sino que trasciende a todo tipo de relaciones humanas: la participación en el poder de decisión sobre la convivencia política, sobre el modo de organizar la

comunidad humana, sobre el destino de todos y cada uno.

El hombre está llamado a la comunión y al compromiso (Pueblo de Dios). Su vocación social dice relación con lo nosotros y con el Otro, Dios.

Toda la creación apunta hacia su fuente creadora, Dios. El hombre, que no es una pieza más de esa creación, ha recibido de Dios su amor, su libertad. Al igual que El es realización, participación, felicidad, plenitud, compromiso, dinamismo, vida. Esta vida es compromiso en el amor, que se realiza en unidad con el otro hombre, en el servicio y en la dedicación recíproca. En esta vivencia el amor nos socializa.

El hombre está llamado a integrarse en un grupo, para así poder lograr su realización. Esto le exige tomar permanentemente decisiones y colocarse al servicio de los demás. Esta pertenencia incluye la convivencia y el poder político que organiza y conduce esa convivencia. En síntesis, el poder de Dios nos destina a la vivencia comunitaria política, dándonos una naturaleza social y una vocación para ser su pueblo.

Con base en que Dios se hace hombre, se hace pueblo en Jesús, hay que encontrar a Dios en la historia. Esta será el lugar en que el Señor nos ama y nos salva. Es una historia de salvación y de encuentro con el Señor.

La Iglesia continúa la misión de Jesús. Está al servicio de todos los hombres, de todos los tiempos, a

través de su caridad liberadora. Específicamente su misión está en celebrar y proclamar a los pueblos la Buena Nueva y la Resurrección de Jesús. Con esto se mantiene la utopía del Reino, ya iniciado en la historia, pero todavía no consumado. Esta praxis de servicio será un compromiso de liberación del pecado y sus consecuencias. La Iglesia no puede quedarse pasiva ante la destrucción que el pecado acarrera al hombre, sino que debe afirmar cómo esto toca al mismo Dios, porque alcanza al hombre, a quien El ama.

Esta liberación es ante todo del pecado personal, del que está en el corazón del hombre y lo hace egoísta u opresor. Se impone arrancar la raíz misma de la injusticia, para que se abra a la comunión con Dios y con los hombres. Esta liberación es obra y don aportado por Cristo. Se libera al hombre de todo lo interior y exterior que le impide realizarse como persona, como miembro de una sociedad, a través de la historia. Es liberación socio-política, pues el objetivo es que los oprimidos logren una sociedad justa, nueva y para todos.

Esta acción liberadora exige a la comunidad cristiana un compromiso, en cuanto que es semilla y sacramento del Reino. Es un compromiso profético, según el cual se denuncia el desprecio, el hambre, etc. y se capta el cuestionamiento de la dignidad y de la plenitud de los demás hombres. El que es creyente encuentra a Cristo en el oprimido, y al ponerse a su servicio hace presente el amor de Dios.

La Iglesia está en contra de la explotación del hombre por el hombre. De este modo hace una opción clara por los pobres y oprimidos. En su acción liberadora la Iglesia cuestiona permanentemente al hombre, a fin de que no sea jamás domesticado o por la técnica, o por su mismo grupo, o por cualquier ideología que se transforme en absoluto. Ella hace comprender que ningún logro en el camino de la humanización y ninguna situación serán plenos y perfectos en la historia. En otras palabras, no permite absolutizar solución alguna; simplemente colabora con los mismos liberadores, para que estén abiertos a toda verdad y a todo lo bueno, vengan de donde vinieren.

En su compromiso profético la Iglesia posee también un *anuncio*. La fe cristiana hace ver la historia, como un camino de los hombres hacia su maduración en el Reino de Dios en plenitud, como seres libres en comunión de fraternidad hasta la plena comunión con Dios. Este anuncio contribuye al desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres, a través de las palabras y obras de la Iglesia. Al desarrollar las virtualidades cristianas despierta y hace consciente al pueblo de sus valores. Esta labor de concientización tiene como objetivo el forjar un proyecto histórico autónomo y libre.

El anuncio profético es una convocatoria de los hombres para que sean un nuevo pueblo en Jesús y en su Espíritu, para que sean una sociedad nueva que pide estructuras nuevas. No habrá estructuras nuevas sin hombres nuevos. Se ve, pues,

dentro de la problemática social, la necesidad de la conversión y el compromiso de ser un pueblo nuevo. La Iglesia en su misión exige el mantenimiento de su libertad profética para poder proteger a los débiles, víctimas de la injusticia y criticar los abusos del poder. En consecuencia no le será posible ni asumir las riendas del Estado ni identificarse con un partido político o un programa de gobierno.

La Iglesia, como semilla y primicia del Reino no proclama solamente la liberación, sino que, en su vida y estructura social, da testimonio de la nueva sociedad liberada y liberadora. Es la vivencia de las bienaventuranzas, en que los valores no pueden ser ni el tener ni el placer ni el poder, sino el servicio, la cooperación, el amor, la pobreza, etc. Es toda una valoración de la historia, en que los bienes técnicos, científicos, etc., se ponen al servicio concreto de las personas. No se trata, por tanto, de un rechazo del mundo material, sino de la salida de la esclavitud de esos valores absolutizados por una sociedad encerrada en sí misma. Los hombres se edicarán como hermanos; los talentos se colocan en línea de potencialización de los dones de los demás. Se hace explícito el amor de Dios, al vivir con El, como Padre y el ser y el actuar se revisan, a fin de que sean coherentes con el Reino.

En la Eucaristía se hace presente la historia concreta y el dinamismo pascual que da el sentido liberador al sufrimiento y mantiene una esperanza eficaz en la misma lucha de liberación, en la que la praxis es una

provocación, una asesoría eficaz y comprometida, no algo paternalístico.

En este camino de liberación la Iglesia va influyendo positivamente en la toma de conciencia de la situación injusta hacia una decisión de cambio radical y global con criterios cristianos. Ayuda a crear novedad en la línea del proyecto histórico, es decir a concretar aquí y ahora la utopía, según las posibilidades de las personas históricas concretas. La actuación inteligente y eficaz de los que están en este proceso de liberación va significando una movilización para una acción de conjunto y una motivación para un ideal común y nuevo, según prioridades establecidas y supuesta la unión de los liderazgos existentes para llegar a tácticas adecuadas. El pueblo, al realizar planes inmediatos y posibles, adquiere valiosas experiencias de acción y gana confianza en sí mismo. Esto supone una revisión permanente de los proyectos y la exigencia de corregirlos en lo que sea necesario.

Es preciso detenernos en las limitaciones y riesgos del modelo que venimos analizando. Quizás se corre el riesgo de desarrollar una reflexión que no pase a ser verdadera praxis, sino que se quede en mucho hablar y escribir de teología liberadora. Existe también el peligro de quedarse solo en denuncias, sin pasar a respuestas posibles; de quedarse en problemas universales, sin asumir una transformación inmediata.

Es posible que se presente una eficacia alienante que consistiría en

pretender triunfos significativos a corto plazo y con carácter de universalidad. Estos contrastan ciertamente con la lentitud de los oprimidos, quienes o no se unen convenientemente o no pueden desligarse de su mundo. Con esto se vive la tentación de querer actuar por ellos, de tomar decisiones para ellos y por ellos, pero nunca con ellos.

No nos es posible olvidar tampoco el riesgo de una manipulación de las personas y de la fe, transformando esta última en una ideología más. Se pierde la globalidad de lo evangélico y se toma la fe, como un instrumental estratégico importante y una fuente de orientaciones satisfactorias para cada situación concreta.

Finalmente, por el miedo de aparecer como atrasados, menos comprometidos y menos del pueblo, se corre el riesgo de que las personas empeñadas en la liberación terminen siendo un mero partido político con todas las ambigüedades y exigencias de diplomacia que esto conlleva.

Si nos detenemos ahora en un balance apreciativo y positivo de este modelo de Iglesia, anotaríamos en primer lugar que se trata de una creatividad teológico-pastoral que hace honor a la Iglesia latinoamericana. Esta ha ido elaborando una serie de temas referentes a una Iglesia pobre y de los pobres: fe y compromiso político, religiosidad popular, Comunidad Eclesial de Base, teología de la liberación. Es un trabajo que se ha ido haciendo sobre la marcha. Esta ha sido accidentada y marcada conflictivamente por las

opciones contrastantes del momento en que vivimos. Por lo tanto no ha sido una elaboración de intelectuales, realizada en la tranquilidad de una sala de estudio. No siempre se ha tenido el tiempo suficiente para confrontar las posiciones con los demás compañeros de compromiso continental. Lo único que se puede decir es que todos queremos comprometernos con los pobres. A pesar de mantener posiciones diferentes y hasta muy conflictivas entre sí, existen muchos elementos de diagnóstico, compartidos por todos. También en nosotros se manifiesta el pecado en la tentación de dejarnos llevar por esquemas ideológicos preconcebidos. Ahora bien, de todos modos está claro que el modelo liberador es una opción de nosotros, pase lo que pase. Se busca que los comprometidos en este modelo liberador vean las divergencias de análisis y de compromisos que separan a los cristianos en la sociedad. En la medida en que nos demos a la búsqueda de Dios en solidaridad cotidiana y en diálogo amistoso, sentiremos una mayor fraternidad, ofreceremos y recibiremos críticas seguiremos el proceso de conversión al Evangelio, construyendo una historia digna de hombres renovados y salvados en Jesús.

Es indiscutible que este modelo ha dado lugar a una proporcionada revisión de la pastoral. Ha sido un estímulo para lanzarse libremente a un amor efectivo hacia todos los hombres, en una conversión sincera del pecado y en orden a dejar privilegios. Es una lucha que nos propiciará un encuentro más íntimo y confiado con Dios, una oración más

auténtica y vivencial y una renovación más profunda de la fe.

El modelo Iglesia liberadora nos proporciona una conciencia crítica de la situación, dentro de una única historia de salvación. Despierta una mayor responsabilidad, dentro de un claro compromiso en la transformación de las estructuras sociales, para abrir oportunidades a las personas subvaloradas (mujeres, indígenas, ignorantes, etc.). Nos hace ver la necesidad de provocar una verdadera conversión de las personas de la misma Iglesia, que sinceramente procura ser una Iglesia del pueblo, desde el mismo pueblo, mediadora de reconciliación y plena de esperanza pascual (12).

* * * *

II. ¿POR QUÉ UN NUEVO MODELO?

Una explicitación de la originalidad del hecho cristiano nos lleva a situar el cristianismo como es en sí: fundamentalmente es una fe, un compromiso personal y comunitario, centrado en la persona de Jesús, en la fuerza del Espíritu Santo, en comunión con el Padre y con todos los hombres, un asumir de modo liberador la historia global del mundo. No es ni puede ser una mera filosofía o ideología, una simple moral o la sola expresión de religiosidad.

El cristianismo así explicitado surge del acontecimiento histórico de Jesús, del testimonio de su vida, de su palabra. Es la revelación de

Dios dentro de la historia humana. No se identifica con ninguna filosofía, sino que usa de ella para encarnarse y expresarse en cada época. Necesita un instrumental para diagnosticar la realidad y comprometerse con ella. En la medida en que una realidad progresiva, la ideología que de ella nace generalmente también evoluciona. Esto no pasa con la fe, pues esta es la misma para todos los tiempos y lugares, puesto que Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre. La fe del cristiano será el continuo desideologizante, desmitificante, desalienante.

Decimos que la fe cristiana no sugiere un modelo socio-político específico. Ahora bien, esto no quiere decir que de su parte haya un desinterés o desvinculación de la vida política. Realmente la fe está en la política, pero se desolidariza siempre de todo lo que sea opresión y anuncia a todos la utopía fundamental de la comunidad humana: fraternidad de todos, filiación de Dios, señorío de la historia.

El cristianismo no es una cultura, una raza, un modo de vivir con los esquemas de una época. Por el contrario, puede y debe asumir toda cultura, pero siempre en actitud crítica. Es que la fe trasciende las culturas y las cuestiona a fondo. Por consiguiente, defender una cultura no es defender el Evangelio, y menos todavía a Cristo. Ser cristiano no es adoptar teóricamente ideas, sino identificarse con Cristo, el Dios hecho hombre (cf *Jn* 1,14), es decir, asumir totalmente su dinamismo personal: encarnación, vida, mensaje, Muerte y Resurrección. Es

(12) Cf Marins J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 69-90.

liberarse del pecado alienante, opresor, esclavizante y manifestar de este modo el sentido de la historia, a partir de la liberación dada por Cristo.

Las formulaciones teológicas no alcanzan a cubrir todo el sentido de la vida de Dios manifestada y comunicada a los hombres. Las teologías necesitan revisar permanentemente su instrumental, sus expresiones, a fin de ir traduciendo siempre con mejor penetración y expresión lo que Dios está realizando continuamente en la vida de las personas. Como el encuentro con el Señor y los hermanos se realiza en la vida, la teología tiene que estar a la escucha del mismo Señor en ella, en la expresión del amor, en la autenticidad de la fe.

Por lo tanto, los modelos y las imágenes eclesiales deben ser revisados. En la precisión que realizamos en la primera parte de esta reflexión sobre las figuras bíblicas y las tipologías eclesiológicas no pretendíamos insinuar que se tomara aisladamente una imagen o modelo, con prescindencia de los demás. Esto puede llevar a distorsiones y errores. Podemos, entonces, aclarar que la Iglesia es simbolizada no con una única imagen o modelo, sino con una *combinación de modelos*. Con esto queremos afirmar la posibilidad de presentar un *nuevo modelo* en el sentido preciso de que dicho modelo no es único, sino que dentro del mismo quedan abarcados y completados otros (13).

* * * *

III. ¿CUAL ES EL NUEVO MODELO PARA EL MOMENTO ACTUAL DE AMERICA LATINA? SUS LINEAS E IMPLICACIONES

Tomando como punto de partida un diagnóstico de la realidad, la Iglesia nos habla de una situación de pecado e injusticia institucional. Ella misma *tiene* que sumarse a la tarea de liberación de los pueblos de nuestro Continente. Esto provoca conflictos y riesgos para sí misma.

El modelo de *Iglesia-liberadora*, analizado antes, se concretiza en las llamadas *Comunidades Eclesiales de Base*, que cuentan de veras con los elementos que hacen una verdadera comunidad eclesial.

Hablemos un poco de los conflictos y riesgos insinuados antes. El primer conflicto surge por la desproporción existente entre la tarea liberadora y la pobreza y debilidad de los agentes de transformación y los instrumentos de que disponen para la acción. En la mayoría de los casos poderosos y opresores no quieren salvar a los oprimidos. Ponerse del lado del pobre, luchar contra las estructuras injustas, es buscarse molestias y martirio. Si se quiere trabajar por la justicia, de un modo serio y hasta sus últimas consecuencias, una cruz surgirá pronto en el horizonte. Los gobiernos opresores usan tácticas para crear confusión y se presentan como defensores del auténtico cristianismo y de la Iglesia universal. Al mismo tiempo dan importancia

(13) Cf Marín J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 36-39.

hasta la sicosis a la amenaza del comunismo.

La conflictividad de los oprimidos no la podemos dejar de lado. Es que ellos muchas veces están acomodados en su realidad, aunque esta sea opresora. Para salir de ella es preciso sufrir. A nivel de la Comunidad Eclesial de Base se presentan conflictos para quien está concientizado y quiere comprometerse con los pobres y sentir que es miembro de una Iglesia que no está totalmente comprometida con ellos. El dejarse cuestionar por la comunidad eclesial que no es auténtica y el aceptar la difícil comunión con la jerarquía ofrecen dificultad. Por otra parte también el superar la tentación de no querer escuchar a la propia comunidad, ante la cual se tiene un cierto complejo de superioridad, y el permanecer en la misma comunidad eclesial, son otras tantas pruebas (14).

Además de los conflictos anotados, existen *riesgos*. Entre estos se pueden anotar los siguientes: el problema de la opresión se trata en línea mundial y nacional, pero no se subraya la acción sobre lo inmediato local, no se fija la atención, en orden a una solución, en los problemas concretos de la comunidad, que esperan una solución urgente. La reflexión se queda en un mero estudio académico, no pasa a una *praxis* real. Muchas veces la eficacia del trabajo liberador es alienante, pues se toman las decisiones por los oprimidos. no en

fuerza de convicciones, sino por el prestigio y la fuerza moral o por manipulaciones. Existe también el peligro de instrumentalizar la fe y la Iglesia en la dirección de una ideología, olvidando su verdadera misión profético-escatológica. Es real el riesgo de dejarse manipular ingenuamente en una dirección socio-política de cuño marcadamente marxista (15).

El nuevo modelo de Iglesia ha sido visto, a partir de Medellín 68, como una invitación del Espíritu a que la misma Iglesia latinoamericana revise su posición en el Continente y asuma una misión nueva de fermento en la historia. La Iglesia permitió y favoreció el despertar de un espíritu crítico sobre ella misma, sobre su modo de evangelizar, sus métodos, sus instituciones y su figura histórica. Favoreció asimismo un clima de mayor libertad y creatividad pastoral en un ambiente de optimismo y esperanza renovadora. Se produjo una explicitación propia latinoamericana, nacida de una pastoral propia de nuestro Continente.

El modelo latinoamericano de Iglesia *no es de tipo conservador*, como sería idealizar la Iglesia institución poderosa y autosuficiente, que cuida más de sí misma que de los hombres y del compromiso histórico. Esto sería propio de una cristiandad ya muerta o al menos moribunda. Es necesario que creemos nuestra presencia profética y descubramos nuestras respuestas.

(14) Cf Marins J. -Trevisan T. M. -Jensen D., *Iglesia y conflictividad social en América Latina. Reflexión pastoral a partir de la CEB* (Bogotá, Ed. Paulinas 1975) 73-78.

(15) Cf Marins J. y otros, *Iglesia y conflictividad social en América Latina* 79-83.

Se impone una caridad universal y desinteresada, un abrir caminos realmente nuevos por parte de todos los cristianos, dejando todo miedo derrotista. En pocas palabras hay que poner a funcionar el dinamismo creador del Evangelio en un completo desinstalamiento (16).

Tampoco es de tipo desarrollista, conforme al cual se confía eufóricamente en una sociedad técnica e industrial y se busca una renovación de la Iglesia a gusto de la secularización. Los signos de los tiempos de este modelo desarrollista son la ciencia, la tecnología, la industrialización y el desarrollo. Busca la solución de la miseria por el progreso y la técnica, pero no busca sus orígenes en la injusticia de las estructuras. Cree que el progreso será la felicidad de todos y parece que para él no hubiese pecado, no se siente cómplice del mal. Los desarrollistas ofrecen ayuda a los demás, pero no llegan a la raíz de los males y acallan la conciencia de los donadores, que pueden de este modo continuar viviendo en su esquema mental y estructural, sin una auténtica conversión global. La autonomía del seglar, el respeto por el mundo y por el valor inherente a la realidad de la técnica, de la ciencia, etc., pueden estar simplemente cubriendo los vicios de la sociedad burguesa (capitalista o marxista), manipuladora del mundo para su propio bienestar. El último criterio de acción es el crecimiento personal y no la solidaridad (17).

Es un modelo liberador en la reconciliación: Los conflictos socia-

les de la actualidad colocan a la Iglesia en la gran oportunidad de darse un rostro nuevo, de revisarse y convertirse al hombre. Entre los signos de los tiempos detectamos miseria, hambre, esclavitud, opresión, etc. Estas estructuras de pecado en el mundo son desafíos a la Iglesia. Se coloca ante ella una labor de caridad en acción en la América Latina de hoy, de liberación integral de las esclavitudes que oprimen a todos. Debe llevar a todos sus hijos y a los demás hombres, al servicio de los más necesitados. Su acción es ser fermento en la historia. Es imposible pensar en renovarla, independientemente de su misión en el mundo, que no es otra, sino determinar sus estructuras necesarias. Esto es parte esencial de la renovación.

Si queremos describir un poco las características de este nuevo modelo, diríamos que no requiere ser un modelo de Iglesia cerrada, con monopolio de la verdad, de Iglesia legalista, moralista, aliada de unos pocos, distribuidora de medios de salvación solo individual, con una autoridad fincada solo en el poder sobre los demás, con multiplicidad de organizaciones, siempre en función de nuevas devociones y del prestigio exterior institucional. No debe ser una Iglesia anclada solo en el cielo.

En una línea de descripción positiva debe ser una Iglesia abierta al diálogo interno, ecuménico y con el mundo, que despierta en los suyos una conciencia crítica y llame a todos a participar en la vida y mi-

(16) Cf Marins J. y otros *Iglesia y conflictividad social en América Latina* 84-85.

(17) Cf Marins J. y otros, o.c. 85-86.

sión comunes. Debe descubrir la verdad en la voluntad de Dios manifestada y realizada en la historia, a la luz de la Palabra y los signos de los tiempos, y hacer ver cómo el propio Evangelio es mensaje y testimonio de justicia y amor. Es que los cristianos lanzados a la justicia deben ser movidos por el amor único y auténtico. Debe ser una Iglesia profética comprometida con los débiles y oprimidos, que anuncia; Iglesia presente en la base de la vida humana, que actúa como fermento renovador, unificador de esfuerzos y liberador de toda esclavitud. Debe mostrarse como una Iglesia animadora de la creación de un proyecto nuevo de la historia, personal y colectivo, en marcha hacia el futuro. Y sobre todo debe buscar, como Iglesia comunidad, el hacer vivir el mensaje liberador de Jesucristo. Por lo tanto, toma sobre sí la realidad del hombre y su vida, misión y sufrimiento, como Jesús lo hizo. Es consciente de que su misión es liberar, con la gracia de Dios a los hombres de la perdición y abrirles caminos de salvación. Debe presentar y hacer vivir la globalidad de la vida cristiana en una respuesta al llamado hacia la radical comunión con Dios Padre.

Es una Iglesia que peregrina hacia el cielo, pero procura colaborar al establecimiento del Reino de Dios en la tierra, por la creación de una sociedad libre y fraterna, en la que se unen indisolublemente, por la acción del Espíritu Santo y la fe en Jesucristo, la posibilidad de superación de la miseria y el desarrollo espiritual; la justicia en favor de los oprimidos y el amor universal; el esfuerzo liberador concreto de los

hombres y la acción liberadora de Dios; las realizaciones históricas de justicia y fraternidad entre los hombres y la marcha hacia la plenitud futura del Reino de Dios.

El motor de los hombres, desde lo más hondo y existencial de su ser, es la *comunión*, el amor. Es algo propio suyo la búsqueda de comunión. Es exigencia de origen, pues fue creado a imagen y semejanza de Dios que es Trinidad (comunión de las tres personas distintas en la unidad de la única naturaleza), que es la síntesis suprema de la total socialización y de la plena personalización.

La reconciliación actuada por Dios en Jesús está esencialmente en la historia del mundo, que desde ahora pasa a incluir entre sus componentes irreversibles el acontecimiento de Dios hecho hombre y muerto para salvación de todos. Esta reconciliación encuentra expresión histórica en el cuerpo de Cristo. Está más allá de la lucha violenta. La posición cristiana tiene su originalidad y es locura para muchas inteligencias estratégicas y cruz para quien quiere asumir la actitud de Cristo. El cristiano desafía a la reconciliación más allá de la oposición entre dos personas. Para nosotros la lucha liberadora no supone ni exige la destrucción de los adversarios, sino su conversión verdadera, a partir de la cual se le ofrece la comunión eclesial.

La comunidad salvadora y salvada en la fuerza de Cristo, familia definitiva de los hijos de Dios, de los hermanos, es la comunión dinámica del hombre llamado a la co-

munión con todos los hombres, con el mundo y con Dios. La vocación íntima del hombre es ser individuo y comunidad, persona y pueblo. Ninguno de esos dos términos puede ser olvidado o destruído, en función del otro. Es una comunión fecunda, que constituye para el hombre el permanente eje de su historia y al mismo tiempo el rumbo de su total realización con el mundo (como señor), con los demás (como hermano) y con Dios (como hijo). Cristo es el modelo y el camino de este proceso. Por su resurrección establece una vida nueva en la historia, una vida en plena comunión con Dios, con los hombres y con el mundo, a fin de que todos estén en función de la plena felicidad de cada uno, según la vocación fundamental de hijo y hermano.

Entendemos la reconciliación como el valorar lo bueno que ya existía y desarrollarlo en nuevas proporciones, según las nuevas exigencias. Siempre es un paso nuevo, integrador de los descubrimientos y concretizaciones que nacieron de una conquista. Es, al igual que la esperanza de la historia y la fe en el hombre, testimonio sumo de amor que reconoce en el otro, al hermano.

La Iglesia debe ser mediadora visible del encuentro de los hombres, para que se desarrollem en justicia, paz, verdad y comunión. Debe servir a los más necesitados, convocar permanentemente a la conversión total, inaugurar en su vida la experiencia de la comunidad salvada y salvadora en fraternidad. La

sociedad debe saber que la Iglesia no es ni su aliada ni su enemiga, sino la mediadora visible de la comunión plena del hombre con Dios, de los hombres entre sí por Jesús, en el Espíritu Santo, a través de la construcción de una historia digna de esa vocación global (18).

En América Latina se está gestando una *Comunidad liberadora y pascual*. En la Iglesia de nuestro Continente se está produciendo un cambio, según el cual pasa de una situación de realidad dominante, ingenua, infantilista y pasiva, a una conciencia crítica, a un desarrollo en la captación de la realidad global y personal, de la dignidad de la persona humana y de la responsabilidad respecto a la naturaleza. Se va produciendo un despertar de la responsabilidad en la colaboración cristiana en pro de la instauración de una sociedad nueva, más fraternal y justa, con real participación de todos los hombres en sus destinos, con radical cuestionamiento de todo lo que en la sociedad actual es discriminación de privilegio injusto. De nuevo insistimos, se pide una conversión, un compromiso que dé sentido a la propia vida.

En esta línea se comprueba cómo le corresponde a la Iglesia:

a) Inquietar, despertar y poner en camino las sociedades que se están instalando, con la denuncia de las injusticias y desigualdades culpables.

b) Anunciar el mensaje integral, que necesariamente debe ser cono-

(18) Cf Marín J. y otros, *Iglesia y conflictividad social en América Latina* 87-95.

cido por opresores y oprimidos. Unos y otros deben convertirse.

c) Dar un auténtico ejemplo de respeto y amor al hombre como hermano, responsable y constructor de su propio destino en Jesús por el Espíritu.

Todas estas actitudes llevan a la comprensión del propio sentido espiritualógico de la vida cristiana. Como acontecimientos y experiencias auténticamente humanizantes, marcan una etapa real en el proceso de liberación. Se impone una revisión y una renovación de las estructuras internas de la Iglesia, cuestionadas por la necesidad de adaptación permanente y aceptación de un verdadero pluralismo intra-eclesial. En este contexto se subraya la valoración de la juventud, entendida como fuerza de desinstalación y mediadora de una intuición de vida. Al valorar también el lugar de la mujer en la Iglesia y en el mundo, se cuestiona toda opresión que se ejerce sobre ella. En lo que respecta a la religiosidad popular se le da valor como fuerza que ofrece identidad al pueblo como portador de fe, como Iglesia, como pueblo mismo. También se justiprecia la cultura indígena, como contribución peculiar en la formación de un continente de fraternidad, de comunión de bienes, de diálogo de razas (19).

Las líneas e implicaciones anotadas en la descripción del nuevo modelo para América Latina se concretizan en la llamada *Comunidad*

Eclesial de Base (CEB). Se trata de comunidades que inauguran entre nosotros una Iglesia que parte de bases, que subraya valores fundamentales del Evangelio, que responde más directamente y de manera existencial a los hombres de nuestro tiempo.

En efecto, se da una vivencia profunda, en las bases de la Iglesia, del servicio y la corresponsabilidad, en lugar de la autoridad monopolarizadora; de la comunión y participación en lugar de la subordinación; de la unidad en la caridad más que de la uniformidad y la disciplina; de la autenticidad y libertad en la oración, en la liturgia, en la vida común, en las opciones ideológicas, en la adhesión a la política; de la creatividad que permite encarnarse continuamente en nuevas situaciones, para estar al servicio de todos los hombres.

La Comunidad Eclesial de Base (CEB) constituye el nacimiento de una nueva unidad al lado de las anteriores, no es una mini-parroquia, sino que busca la comunión recíproca en la Iglesia diocesana. Es una comunidad eclesial propia de un lugar y raza. Es local, particular y al mismo tiempo universal (20).

Al término de nuestra reflexión nos sentimos obligados a volver a puntualizar que no se trata de un modelo único, excluyente, sino que está abierto a la integración de los elementos positivos de los demás modelos.

(19) Cf Marins J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 96-99.

(20) Cf Marins J. y Equipo, *Modelos de Iglesia* 99-100.

En síntesis, el nuevo modelo se puede indicar diciendo que se trata de una Iglesia, que es COMUNIDAD FUNDADA EN CRISTO EN ORDEN A LA COMUNIÓN DE VIDA. Es el que Puebla 79 en su Documento ha explicitado de una manera muy valiosa y tan de grandes proyecciones. Seguramente no

es un modelo ya hecho y terminado, sino que se encuentra en proceso de hacerse y sus semillas son abundantes. He aquí el desafío y la labor de nuestra Iglesia latinoamericana en los tiempos actuales, de cara al futuro de la evangelización de nuestros pueblos.

la Caja Social le presta para comprar su carro, ahora las cosas le pueden ir sobre ruedas



Abra su cuenta y aproveche su crédito para comprar carro particular, camión, camioneta, taxi o moto.

Caja Social de Ahorros

La Caja Fuerte de Colombia

En la Caja Social hay progreso para todos.